

MUJER

Emilia Pardo Bazán

ÍNDICE

Capítulo I	145
Capítulo II	151
Capítulo III	157
Capítulo IV	163
Capítulo V	169
Capítulo VI	175
Capítulo VII	181
Capítulo VIII	187

I

HAN enganchado ya —dijo Alfonso de la Cueva, entrando viva y alegremente en el tocador de su esposa, que en aquel mismo instante abría los brazos para facilitar a la doncella la colocación del abrigo, de brocado blanco y plata—. El movimiento del cuerpo de la dama fue tan gracioso al agasajarse en su magnífica *salida de teatro*; la cabeza chica y atrevidamente peinada a la griega resaltaba con tal donaire sobre el cuello aureolado de piel de cisne, que el joven marido, entusiasmado, iba a permitirse alguna familiaridad indiscreta, a no contenerle expresiva ojeada, entre maliciosa y suplicante:

La doncella, muy seria y digna, murmuró:

—No me ha mandado la señora sacar abanico ni pañuelo. ¿Se la olvida a la señora?

—¡Es verdad! —exclamó Ana—. Saque usted un pañuelo... cualquiera... de encaje... y el abanico de los pastores... el de concha.

Mientras la doncella abría y cerraba armarios, los esposos, alborozados y risueños, trocaban señitas como dos novios.

En efecto, eran casi novios todavía; su luna de miel contaría de fecha cinco meses. El casamiento se había verificado en julio, con gran aparato y pompa, en casa de los padres de Ana, los marqueses de Monclares; y después de la ceremonia los desposados salieron hacia París, prolongando luego el viaje, perdiéndose en los bonitos y aislados hoteles de Alemania y Suiza, desgranando el tiempo a placer y según el capricho de su pasión nueva y fresca. Porque conviene advertir que, a pesar de las razones prácticas y de vanidad que habían influido en el enlace —los Monclares nobles recientes y opulentísimos, los La Cue-

va nada acaudalados pero de la pierna del Cid—, a pesar de la vulgaridad y la rutina elegante que presidió a la boda, a pesar del pasado borrascoso y el bullicioso genio de Alfonso, que contrastaba con el carácter grave y firme de Ana, la posesión, la vida común, y sobre todo alguna otra causa de esas que no se explican, porque pertenecen a la esfera de lo indefinible, hicieron germinar, crecer y abrirse la flor rara y exquisita de un grandísimo amor, que llamaré *conyugal* sólo porque Ana y Alfonso estaban casados ante la ley, pero que unía la dulce seguridad de los afectos lícitos a la inquieta vehemencia de los extralegales.

Ha de saberse que en el alma de la esposa no brotó la flor así de pronto. Recelos de niña millonaria, que teme no ser querida por sus propios atractivos; pudores de un espíritu que necesita tiempo para no avergonzarse de la dicha; involuntario miedo al hombre, que ya nada ignora, y tal vez se ha cansado de todo; recato de mujer honesta, tardía en rasgar el último velo, aplazamientos naturales en un carácter que sabe aguardar porque sabe perseverar también, todo esto hizo que la conquista de Ana no fuese fácil para su marido, habituado a más rápidas victorias. Alfonso de la Cueva contaba con una señorita pasiva y dócil; encontró personalidad y algo que pudiera llamarse resistencia moral: su corazón se interesó, y ya interesado, le sirvió de buen consejero para lograr lo que con todas veras apetecía. Los azares y sorpresas del viaje le ayudaron, creando intimidaciones deliciosas, dejándoles solos ante la naturaleza, el arte y los recuerdos, suprimiendo amigas, amigos, parentela, negocios y cuidados, y concentrando todas las facultades de la sensibilidad en un punto: el cultivo del naciente amor. Poco a poco Ana iba transformándose, y Alfonso tuvo la suerte de asistir al precioso espectáculo, al diorama en que el país nevado se borra, y le reemplaza insensiblemente el Vesubio en ignición, derramando lava y coronándose con un penacho de fuego.

Cuando regresaron a Madrid hallábanse los dos esposos en la mejor disposición para vivir muy felices al amparo de todas las leyes e instituciones divinas y humanas. ¡Caso en verdad poco frecuente, y por lo mismo ejemplar! Alfonso (sin que le pesase la mucha hacienda adquirida por medio del casamiento) antepone ya el cariño de su Ana a las riquezas, de que no pensaba

abusar, sino usar en buena compañía, formándose una vida familiar y de sociedad muy agradable, muy decorosa, llena de legítimas satisfacciones, con la alegría de la prole que continúa el linaje, y la consideración, blanda almohada de raso donde reposa a gusto la encanecida cabeza. De sus tiempos de soltero quedábanle a Alfonso memorias de mil aventuras estériles, de amargo o vulgarísimo desenlace; de mil apuros y reprimendas paternales; de una existencia insegura, falsa, borrascosa, agitada por la mentira del placer, la humillación de amor propio del noble relativamente pobre... y nunca embellecida por el rastro luminoso de la gran adhesión femenil, que en el matrimonio había venido por fin a encontrar. No, Alfonso no echaba de menos el estado de soltería. Era dichoso.

Y Ana lo era más aún, por la juventud virginal de su alma, que poblaban divinas ilusiones. Tenía Ana una de esas naturalezas generosas, que en cada edad realizan todo el contenido de ella, siendo traviesas y descuidadas en la niñez, soñadoras en la primera juventud, apasionadas en la segunda, desengañadas y reflexivas en la madurez, serenas en la ancianidad. Suspensa entre el sueño y la pasión, Ana tenía a su Alfonso retratado en el alma con tales colores y tales rasgos de belleza, que si él se viese, no podría menos de temblar; porque el idealismo de la mujer constituye peligro horrible para la mayor parte de los hombres; puede ser lo que es la claridad del día para la tez ajada que sólo se ha contemplado a la luz artificial.

Algunas veces, en momentos de expansión, Ana, recostada sobre el pecho de su marido o entretenida en alisarle el negro pelo, le había dicho lo que de él pensaba. «Te conozco ya... te sé de memoria, Fonsín. Tú has sido un poquillo... así... mala cabeza...». «No, hija... lo de todos... es decir, lo de todos cuando no son unos madamitas o unos sacristanes como Manolo Andújar...». Es de saber que Manolo Andújar, muchacho muy católico, y primo de Ana, la había pretendido, recibiendo calabazas formidables. «No, no; tú has ido más allá... ya estoy impuesta, ¿sabes? Hubo locuritas, señor mío, se ha hecho el diablo a cuatro... Lances, conflictos, calaveradas gordas... ¡Si me dirás a mí!... ¡Estoy yo más fuerte en la historia de Alfonso XIV!». Al oír tales afirmaciones La Cueva sonreía con discreta fatuidad, ha-

lagado. Realmente, el concepto que expresaban estas frases tenía mucho de lisonjero. Ana, en su desconocimiento absoluto de ciertas esferas sociales y del significado de ciertas palabras, entendía la de *calaverada* de un modo romancesco, literario, sin realidad alguna. El aspecto vulgar, innoble, mezquino, cursi y hasta aburrido que toma el vicio en capitales pequeñas como Madrid, y más para señoritos de corta hacienda, no lo sospechaba siquiera Ana; la vieja y siempre gallarda silueta del *Tenorio* flotaba en su fantasía, y la idea de haber *redimido* a Alfonso la estremecía de placer. ¿A qué negarlo? El hombre debía ser así: mocedad azarosa, pendenciera, arrogante, hasta que el verdadero amor le aparta de la extraviada senda. ¡Pobre Ana! «Ahora vida nueva, Fonsín», decía atrayéndole a sí y apretándole las sienes con delirio. «¿No es cierto que nunca fuiste tan feliz? Claro, me lo has dicho cien veces... pero siempre gusta oírlo. Ahora, juicio, nada de historias; el mal genio y el puntillo de honor bajo llave... y la llave me la das a mí... ¿eh? Ya tengo otra: ¿no dices que la del corazón? Pues así son dos las que guardo muy guardaditas... No las suelto».

Al regreso del viaje, en medio de la grata faena de instalarse en el flamante hotelito de la calle de Ferraz, todo coquetón y emperifollado, vestido de cretonas, sedas y tapices, con la atmósfera oliente a barniz y madera recién labrada, y el jardincillo recortado a tijera, lleno de macetas cucas, Ana reiteró las mismas advertencias hechas durante el camino. Por la noche, cuando no salían —y era muy a menudo— sentábanse cerca de la chimenea de leña, lumbre clara que combatía las primeras humedades y el frío, ya sensible, de noviembre, y más tiempo abrazados que distantes, charlaban con la efusión y la inagotable locuacidad de los que no se separan ni una hora, únicos que tienen siempre qué decirse. El periódico de la noche, que les traían a cosa de las diez, solía quedar sobre la mesa, doblado como había venido en la bandeja de plata. Tan cierto es que los que tienen plenitud de vida interior prescinden del mundo exterior con magnífico desdén.

Hay, sin embargo, en el amor satisfecho y venturoso, alternando con la tendencia a aislarse, otra a dejarse ver, a ostentar ante los ojos de la gente joya de tanto precio, que a tasarla en

lo que vale, por ella se desdeñarían perlas y solitarios. En los recién casados estimula el deseo de salir a vistas la pueril e inocente vanidad de enseñar las galas, los trajes de atrevido corte, de París, los aderezos deslumbradores, y sobre todo el palmito de la novia, realizado por el nuevo estilo de vestir y el nuevo modo de vivir.

Esta primera exhibición en público la realizaban Ana y Alfonso la noche en que hemos visto que la novia se olvidaba de accesorios tan indispensables como el abanico y el pañuelo. Iban a una tertulia semanal: el tresillo de su tía, la marquesa de Lanzafuerte. La marquesa, al encontrar a los novios una tarde de otoño en la Moncloa, les había echado, entre bromas y veras, una peluca: que no la hacían caso, que la nueva sobrina no se dignaba aportar por su rincón, que hasta los tórtolos salen alguna vez del nido... Y fue el mismo Alfonso quien dijo un miércoles, entre el helado y el asado: «Nitis, feúcha, ¿crees tú que es cosa de ir mañana?» «Pecho al agua; iremos.» «¿Te pondrás el vestido de Félix, el azul?» «Si quieres... Pero no; es demasiado estrepitoso, con aquel volantazo, para un jueves como otro cualquiera. Sacaremos a relucir el gris... y las turquesas, bueno.» «Hoy te probarás esos trapos, Nitis; así tendré yo las primicias».

Hasta que estuvieron reclinados en el coche, el marido casi oculto bajo la amplia y crujiente faldamenta de la mujer, no sintió Ana la aprensión instintiva que nos causa toda variación de costumbres en medio de un período de bienandanza completa. Una ligera opresión en el pecho, una cavilación involuntaria que la hizo enmudecer, fueron los síntomas primeros de su estado de alma. Y lo singular que Alfonso también parecía pensativo y guardaba silencio, afectando mirar por el vidrio, que empezaba a empañarse, la sucesión de casas y la alternativa de sombras y luces que en ellas proyectaban los faroles. Las ideas desagradables de Ana se concretaban ya: eran vaguedades celosas, temor al mundo y a la sociedad, que podía robarla su tesoro. ¡Alfonso valía tanto! ¡Existe en Madrid tantísima mujer de presa, ladrona de almas! Y al pronto, sólo este riesgo presintió.

Otra clase de recelos rumiaba Alfonso... Estos sí que eran amarguillos; se asemejaban al desasosiego involuntario de la

mala conciencia. Él sabía que al hacer corte de cuentas con la vida de soltero, no había saldado todas sus deudas morales con la puntualidad escrupulosa del pagador honrado... Más de una vez se había declarado insolvente, y más de una vez, con astucia y con descaro, eludiera el reconocerse deudor... Y temía por instinto, lo que temen todos los que conservan en su poder algo ajeno: oír la voz, ver la cara del acreedor maldito... Sacudió aquella pesadilla cuando entraban en la calle del Arenal.

—¿Nitis?

Ella se volvió de pronto, sonriendo... Y los dos, como si despertasen de un sueño angustioso, se buscaron las manos en la tibia semi-oscuridad de la berlina.

II

LES acogieron en la tertulia simpáticamente, como se acoge a la gente rica, moza y sin penas, que trae consigo atmósfera de alegría. La marquesa besó a Ana, la dio golpecitos en el hombro, la sentó a su lado, hízola mil preguntas acerca del viaje, prometió una visita al nido, una sorpresa que daría convidándose a almorzar.

—Me echaréis cuando se os antoje —decía riendo—. Después de cinco meses, me parece que aunque os robe una mañanita...

Mientras Ana protestaba afectuosamente y se dejaba *curiosear* las joyas y el traje, Alfonso registraba la concurrencia, con la sorpresa del que, a la vuelta de sucesos que han modificado esencialmente su vida íntima, encuentra el mundo exterior idéntico, invariable, como mar que no se altera por el surco de la quilla. Allí estaban las mismas de antes, hablando con los mismos de siempre: y Alfonso reflexionó que el sigisbeismo de salón afrenta, con su constancia, al amor y a la amistad verdadera. Allí, alrededor de las acostumbradas mesas, los eternos tresillistas, las consabidas cabezas calvas y los consabidos moños con peinetas de brillantes, disputándose una puesta o persiguiendo un codillo. Allí, en el propio sofá imperio de raso azul y verde, el propio grupo de muchachas, airosas como ninfas, vestidas de colores finos, sin una alhaja, arremangado el pelo para descubrir la sedosa nuca, rientes las claras pupilas, cual si en el medio año transcurrido ningún pensamiento grave, ningún desencanto doloroso hubiese caído en su alma, depositando el sedimento de una reflexión...

La idea de monótona continuidad que este cuadro infundió en la mente de Alfonso, dispuso al recibir una impensada sa-

curiosa, que le estremeció hasta el tuétano de los huesos. Entonces comprendió que la sociedad no es inmutable sino por fuera, y que bajo la superficie lisa e igual bullen y hierven las pasiones y el drama. Lo que sorprendió a Alfonso; lo que le hizo afluir toda la sangre al corazón y bañársele las sienes en sudor frío, no fueron más que dos ojos, o por mejor decir, un alma que fulguraba en ellos. Y ni el alma ni los ojos pertenecían a una mujer. Era un hombre, apuesto, descolorido, como de treinta y cuatro años de edad, rubio y alto, el que, recostado en la puerta, miraba al marido de Ana con intensidad ardiente.

La relación de lo moral y lo físico aparece, más patente que en cosa alguna, en el efecto de la mirada. Si una persona nos sigue en la calle mirándonos fijamente, acabamos por volvernos, sin saber a qué atribuir el movimiento involuntario. Esto le había sucedido a Alfonso: un imperceptible hormigueo en la espalda precedió a su vuelta de cara a la puerta desde la cual le flechaban los garzos ojos de su enemigo. Porque sólo un enemigo mira de tal suerte, y sólo el odio hace competencia al amor cargando de fluido magnético las pupilas. La ojeada le dolió tanto a Alfonso, que sintió deseos de imitar al héroe del *Elixir de larga vida*, de Balzac, reventando los ojos que así le apuñalaban.

Aquél era, aquél, el maldito acreedor, el que aparecía después del festín reclamando la deuda de honra. Su mirar lo decía todo. Equivalía a la reconvención más enojada, a la intimación más fatídica. Decía a voces, sin que le pudiese oír nadie, excepto el interesado: «Qué, ¿ya no te acordabas de mí? Soy Ramiro Dávalos, tu antiguo amigo y compañero de fiestas y zambras. Me demostrabas entonces gran afición; nos llamaban en broma *los inseparables*. Una noche, que me recogí más temprano que otras veces, sentí un rumor sospechoso en el cuarto de mi hermana. Violenté la puerta, y te cogí como al ratón en la ratonera. Te saqué de allí medio a rastras, y te llevé a mis habitaciones: estabas lívido. Yo me dominaba, y con voz bastante firme te dije que señalases día para la boda. Callabas como un muerto, y tu silencio me irritó hasta el punto de que te agarré de un brazo, mientras tentaba en mi bolsillo el revólver que suelo llevar. Apremiado, hablaste por fin. ¡Más valiera que te hubieses quedado mudo! Dijiste una infamia... ¡Aún tiemblo de ira! «Que se

case Alcántara... o Gonzalvo... Hay el mismo motivo...» ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de cómo me retorcí bajo el sangriento bofetón? Pero Dios me tuvo de su mano... y en vez de clavar-te las siete cápsulas de mi revólver en el pecho y en la sien... abrí la puerta y te hice seña de que podías salir. Y cuando, avergonzado y corrido, te pusiste a mis órdenes para zanjar nuestra disensión armas en mano, te respondí con el supremo desdén del que es dueño de sí propio: «No me hagas tan necio que ahora te provoque y me bata contigo. Todo Madrid se enteraría del motivo, y pagaría el escote la honra de mi hermana. Pero tranquilízate; ya nos encontraremos en tiempo y sazón. La venganza es manjar que sabe mejor comido frío. Hasta cuando Dios quiera, Alfonso. Y esperé; ¿no ves en mi cara la señal del esfuerzo sobrenatural que me costó mi paciencia? Al fin te casaste, y a mí me han salido canas, mientras recorrías el extranjero con tu linda novia. Pero al casarte te has entregado... Ya te tengo. Prepárate...»

Esto y mucho más leía Alfonso en los ojos terribles, que de pronto, como linterna que corre el vidrio oscuro tapando su luz, se desviaron, se extinguieron, mientras Ramiro Dávalos, abriéndose paso por entre colas y fraques, se dirigía hacia su deudor y le tendía la mano, si no muy cordialmente, al menos con naturalidad sencilla y de buen gusto. Alfonso alargó su diestra trémula, y las dos manos, al tocarse, se repelieron como si el contacto hiciese saltar de ellas abrasadoras chispas.

Trocaron palabras insignificantes, y al punto Ramiro, sin afectación alguna, se acercó al confidente donde estaba Ana (que era de estos de dos caras), y ocupó el asiento libre.

Prestan los tales confidentes al diálogo, desde el primer momento, carácter de intimidad. Hay que volverse mucho, inclinando todo el cuerpo hacia la persona que nos habla; y mientras el dorado y retorcido respaldo aísla, la postura aproxima y las cabezas casi se tocan. Así estaban las de la señora de La Cueva, y el galán Dávalos; platicaban de cosas indiferentes, y desde lejos su palique parecía secreteo confidencial sobre algo que a los dos importaba mucho.

En la conciencia de Alfonso, tan mínimo incidente revestía proporciones que le alarmaban. —«El registro es viejo, pero de

efecto seguro —pensaba La Cueva—. Honra por honra, dirá Ramiro: Ahora yo comprometo en público a tu mujer y te obligo a provocarme, con lo cual si algo se murmura será a tu cuenta, y si las lenguas se dan gusto, peor para ti.» —Repito que este súbito recelo que le entró a Alfonso no tenía más fundamento serio que los resquemores del pasado. En sociedad se ven a cada momento apartes, largas chácharas y obsequios de galán a dama, que duran una noche, y que ni se interpretan mal, ni hay por qué, si hechos ulteriores no añaden leña al fuego de la malicia. Pero téngase en cuenta que llovía sobre mojado; que la conciencia acusadora estaba despierta para dar la señal de alarma, y que además era la primera vez que Ana se dejaba ver en público desde su boda, y entonces se comprenderá que Alfonso frunció el ceño al advertir que Dávalos, ofreciendo el brazo a Ana, se la llevaba al comedor.

Siguió a la pareja el marido, desprendiéndose como pudo de la gente que le interpelaba y le embromaba felicitándole. Sorda inquietud, irritación que le hubiese sido imposible fundar en cosa alguna, roía su pecho. No quiso intervenir, temeroso de parecer ridículo, pero acercóse lo bastante para no perder un solo movimiento de Ramiro Dávalos. Éste se dedicaba a servir a la señora de La Cueva, lleno de atención y solicitud, presentándole el plato, el cuchillito, el vaso de ponche sueco, recogíendola de las manos lo que ya la estorbaba, indicándole una silla bien situada, y luego llevándola a que viese las nuevas adquisiciones de la marquesa de Lanzafuerte, las bandejas de plata repujada, las lozas antiguas que decoraban la pared. Nada tenía de particular todo ello: era la tarea acostumbrada de la cortesía en casos tales. Sin embargo, considerando que Ana salía al mundo, casada, aquella noche; que a Dávalos se le sabían ciertas historias poco edificantes y menos probantes de su respeto al ajeno hogar, y, por último, que el antecedente del agravio justificaba la sospecha, Alfonso vio ya claramente en el proceder de Dávalos una bien calculada maniobra para sacarle de tino. No tenía Ana las mismas razones que su esposo para extrañar la conducta de Dávalos; no obstante, su instinto la avisó de que allí pasaba algo singular por lo menos, y con disimulo miró alrededor, por si divisaba a su marido. Así que le vio, sus ojos se cruzaron: los

de él expresaban ya angustia, y ella, notándolo y sintiéndolo, se levantó para aproximarse a Alfonso. En el mismo instante la anciana y sorda vizcondesa de San Jordi se pegó al marido de Ana, y a gritos empezó a preguntarle detalles del viaje de novios, y por su parte Dávalos, fingiendo no comprender el motivo del movimiento de Ana, redondeó el brazo y se lo ofreció a la señora, hablándola con animación, en tono abierto y festivo, de cosas absolutamente indiferentes, tranquilizadoras para la más recelosa mujer.

Porque fue la habilidad de Dávalos, en ocasión tan decisiva, no alarmar a Ana con galanterías ni con la menor frase indiscreta, de modo que mientras desde lejos parecía cortejarla, de cerca sólo parecía que la tributaba el respetuoso y cordial agasajo debido a la señora de un amigo, del *inseparable*, separado ya por el matrimonio. Ana no ignoraba la antigua intimidad de Ramiro y Alfonso: el que se hubiese resfriado algún tanto lo atribuía a lo más natural y sencillo, a la boda. Y creyendo ver en el obsequio de Dávalos una discreta indicación de que festejaba el nuevo estado de su amigo hasta que los ojos de Alfonso la avisaron, se prestó sin temor alguno a lo que nada de extraño tenía.

Hallábanse Ramiro y Ana cerca de una de las dos puertas del comedor, esperando a poder atravesarla para volverse al salón; mas como el racimo de gente que la obstruía no permitiese el paso, Dávalos llevó hábilmente a la señora hacia una especie de hornacina forrada de felpa roja, donde sobre estantillos enfilecados se lucían curiosos y soberbios ejemplares de porcelana del Retiro y loza alcoreña. Mientras la decía algo muy elogioso para aquellas ricas piezas de cerámica, la iba acorralando con maña en el hueco, semejante a un oratorio japonés, y se quedaba a sus espaldas, obligándola a admirar y detallar de cerca los primores de un grupo ornamental, una nube de blancas ninfas, que trepaban por un montecillo, blanco también como la cuajada leche. Al mismo tiempo dirigía Ramiro una mirada circular a los ámbitos del comedor y a las puertas, cerciorándose de que todo estaba como podía convenir a sus planes. En la puerta inmediata al hueco u hornacina, se apiñaban dos o tres señoras y otros tantos hombres, que antes de decidirse a entrar en el comedor,

echaban un párrafo, y que, si bien aparecían distraídos por la charla, no lo estaban tanto que no pudiesen observar lo que en el comedor sucedía, a poco que mereciese ser observado. Formaba parte del grupo (y Ramiro lo notó con fruición), el conde de Cetina, vejete verde, fisgón incansable y descubridor de cuanto travesura amorosa ocurría en la sociedad. Ramiro no olvidaba que el conde de Cetina siempre tenía el ojo fijo en los rincones donde por casualidad o intencionalmente se encontraban dos personas de distinto sexo. Los solteros llamaban al conde—recordando con tal motivo, en chanza, una tradición gloriosa de su ascendencia— *el vigía*.

En la otra puerta Ramiro vio a Alfonso, pronto a zafarse de la sorda, que ya le atosigaba menos. Las pupilas del marido de Ana se clavaban en Ramiro; pero éste no mostró haberlo notado, y como todo estuviese en el crítico punto favorable a sus deseos, y pudiese, dentro de un segundo, perderse la ocasión, afectó recorrer el comedor y convencerse de que allí no había más que él, Ana y un criado, que, vuelto, preparaba tazas en una bandeja..., y con rápido movimiento se inclinó sobre los descubiertos hombros de la señora de La Cueva e hizo ademán de apoyar en ellos los labios. La verdad es que se guardó bien de tocar a la epidermis de raso nacarino; quedose a tal distancia, que Ana, no pudiendo sentir la injuria, y creyendo que se inclinaba Ramiro para indicarla algo que debía notar en las porcelanas, se volvió animada, sonriendo. En cambio Alfonso saltó como un tigre, mientras el *vigía* se precipitaba hacia el comedor por no perderse detalle de la escena.

III

RAMIRO permanecía plantado, tranquilo, despreciativo, y más blanco que su corbata, esperando al antiguo *inseparable*.

El que nunca hubiese visto cómo ocurre un lance en un salón, se admiraría de seguro, al advertir que se puede provocar con tan pocas palabras, dichas en voz tan baja y sin que las acompañe ningún ademán violento. De los dos hombres que, poseídos de furia mortal, se medían con inflamados ojos, el más sereno era sin duda Ramiro; la razón es bien sencilla: traía premeditado y calculado el conflicto, como diestro mecánico que prepara el juego de un resorte, mientras Alfonso tenía en contra suya la sorpresa, la rabia y el desairado papel del marido a quien todos han visto ultrajar.

Porque Alfonso no podía dudarle; el movimiento de Dávalos había sido notado por el grupo de la puerta, y en especial por el insigne fisgón Cetina; y lo que más enloquecía al enamorado esposo era el que Ana, en vez de indignarse, se hubiese vuelto, con la sonrisa del placer en los brillantes ojos, y el carmín de la alegría en las mejillas juveniles. ¿Era posible tanta infamia? ¿En dos horas de conversación se rinde así una mujer, no ya Ana, su Ana, sino otra cualquiera? ¡Condenación y muerte! Alfonso oía el ligero castañeteo de sus dientes apretados.

Y no obstante, al encararse con Ramiro, se aplanó. Aquel ofensor era un ofendido; aquel burlador, un vengador, cuyos justos móviles mejor que nadie entendía La Cueva, y cuya presencia sola era para él un castigo. Mientras Dávalos esperaba arrogante y desdeñoso, La Cueva avanzaba perdiendo a cada paso el vapor de cólera que le sostenía. Quedose en pie, amenazador aún,

pero faltó ya del irresistible empuje que presta la razón al que la tiene. El primero que rompió a hablar fue Dávalos:

—¿Qué traes, Alfonsillo? —preguntó con voz que silbaba como una culebra, y en que la entonación del desdén al pronunciar el diminutivo era maravillosa obra de arte; tanto, que logró devolver al interpelado su primer brío, haciéndole exclamar con ahogada ira:

—Lo que traigo te lo diría de distinta manera, pero te vale que aquí no es sitio a propósito...

—Pues vamos a otro —respondió con naturalidad y sin alzar poco ni mucho el diapasón Ramiro, haciendo a la atónita señora respetuosa cortesía, algo ceremoniosa y exagerada quizá.

—Vamos —confirmó Alfonso, tratando de pasar al salón y sin poder conseguirlo, porque una onda de gente, azuzada por la curiosidad, que cunde como el reguero de pólvora, se amontonaba allí. Más resuelto Dávalos, hizo un quiebro, enjaretó por la otra puerta su cuerpo flexible y resistente de *sportman*, salió a la sala, y con desembarazo se dirigió a la antecámara, donde un criado, habiéndole visto de lejos, ya buscaba su abrigo y se lo presentaba extendido por los hombros.

Al hallarse detenido por una pared de cuerpos humanos, Alfonso reflexionó, y creyó ver claro que sin Ana no podía marcharse. ¿Por qué? Él mismo no acertaba a definirlo, pero marcharse sin Ana le sonaba a inconveniencia enorme. La verdad es que ni esta idea ni las otras se precisaban mucho: en la cabeza de Alfonso rodaban, se entrechocaban y se herían, a guisa de encarnizados combatientes. Sorpresa, espanto, rabia, dolor de celos repentino, agudo y furioso, y en medio de todo otro sentimiento nuevo, extraño, que aún no se delineaba bien y sólo revestía forma cautelosa. —«Ésta es una red, una trampa para cazarme» —pensaba, revolviéndose como la alimaña montés que efectivamente ha caído en el lazo. Y cazado estaba, no lo podía dudar. Las sonrisas, los cuchicheos, las ojeadas entre susto y malignidad de las damas, la cara repentinamente grave de los hombres, la oficiosidad del *vigía*, que se pegó a él y a Ana con mil preguntas y otros tantos ofrecimientos vagos e impertinentes, bien probaban que entre los tertulianos de Lanzafuerte nadie ignoraba ya el caso, con todos sus picantes pormenores y su gravísima trascendencia.

Una sola persona, una no más, incapaz de darse cuenta de lo acontecido, permanecía asombrada, herida de estupor. Ya se comprenderá que era Ana, en quien se fijaban todos los ojos con avidez burlona o compasiva. ¡Vamos, que no se estrenaba mal la Monclaritos! ¡Para primer salida, menudo escándalo! El rum rum, desde el salón, llegaba ya al gabinete del tresillo, y las cabezas calvas como perillas de balcón y los moños complicados donde chispeaban los brillantes, se volvían, desatendiendo el juego por comidilla más sabrosa. De algún ángulo se oyeron salir dos o tres carcajaditas ligeras, reprimidas instantáneamente. Un hombre, Perico Gonzalvo, satélite de Dávalos, levantó un instante la voz en repentina disputa. La dueña de la casa, la misma marquesa de Lanzafuerte, aprovechándose de que la correspondía dar, se levantó, y con cuanta prisa pudo corrió a ver qué le pasaba al sobrino. El sobrino ya estaba pidiendo el abrigo de su mujer, y ésta, pasando del asombro al azoramiento y del azoramiento al terror irreflexivo, se ponía atropelladamente la preciosa manteleta, y sin esperar a que la ofreciesen el brazo, bajaba las escaleras a escape, en su afán de quedarse sola con Alfonso y preguntarle qué ocurría. Pero al instantáneo rodar de la berlina, cuando el lacayo posaba la mano en la portezuela para abrirla, Alfonso dijo a su mujer con voz alterada: —«Vete a casa y espérame»; y en la esquina del caserón, en la zona de luz de la farola, vio Ana destacarse la gallarda silueta de Dávalos. Arrancó la berlina. El corazón de la dama saltó en el pecho. Si comprendió a medias tan sólo, alarmose completamente: adivinó el lance, y lo adivinó terrible, peligroso, mortal. El mismo temor la paralizó: quería tirar del cordón para que el coche se detuviese; pero el cochero, por descuido, no lo llevaba puesto. Hirió con la mano los vidrios; el retemblido del carruaje cubrió el estrépito de los golpes. Gritó entonces sacando la cabeza de la portezuela, y al cabo fue oída. —«Vuelva usted a la casa de la señora marquesa...» —El cochero obedeció dando un codazo al lacayito, y al pararse los caballos, con gran resbale de herraduras, ante el viejo palacote de Lanzafuerte, Ana, antes que llegase a saltar del coche, vio a su marido que volvía y a Ramiro Dávalos que se alejaba.

—¡Alfonso, Alfonso!

—¿No te dije que me aguardases allá? —contestó él duramente, entrando y dejándose caer en los cojines.

La conversación que se entabló fue a voces, porque el ruido del coche no permitía entenderse en tono natural y moderado.

—¿Qué pasa? A ver si me entero, hijo...

—Pues tú eres quien mejor lo sabe —exclamó el marido con atroz retintín.

—¡Yo! ¡Yo! ¿Por qué?

—Tú... ¡Está bueno! Cualquiera pensaría que el beso fue a mí.

—¿El beso? ¿Pero te has vuelto loco? ¿Qué beso?

—¡Vamos, hija, no me apures la paciencia! No acostumbro tratar mal a las mujeres..., y a ti..., a ti, menos, aunque hoy... ¡Quién me lo diría!

Y Alfonso rió nerviosamente.

—¡Fonso, alma mía..., mira que no te entiendo!... ¡que no te entiendo...! ¡Parece como si tuvieses alguna queja de mí... Habla claro; que nos expliquemos, por Dios y su santa Madre!

Cual si se prestase al deseo de la dama, la berlina rodó más despacio por la entonces solitaria calle Mayor, y Alfonso, sintiendo lo cariñoso de la insistencia de su mujer, se enterneció, y exclamó casi con lágrimas en la garganta:

—¡Ana..., si no fuese porque otros lo vieron..., yo creería que era sueño o chifladura mía..., que Ramiro Dávalos te besó en un hombro!

—¡A mí!... Fonso... ¿A mí?

—¡Claro que a ti!... Si fuese a otra... ¿qué me importaba?

Y La Cueva cerró los puños y ocultó el rostro en el mullido rincón del coche.

—Pero ¿cuándo?... ¿cómo?... ¿en dónde pasó esa atrocidad que dices? —gritó la dama, ya recobrados su energía y aplomo para protestar.

—¡Si bien lo sabes!... ¡En el comedor... cerquita del nicho de las lozas!

—Alfonso —exclamó la señora rehaciéndose y revelando en su acento gran energía—, suspendamos esta conversación hasta llegar a casa. Apenas nos oímos; tenemos que gritar, y pueden los cocheros... Dentro de diez minutos... ¡silencio ahora!

Calló Alfonso y esperó, muy fosco y cabizbajo. La escalera del hotelito no la subieron del brazo, sino ella delante, pálida y silenciosa, y él detrás, no menos sombrío. La doncella, que velaba, se presentó dispuesta a hacer su oficio desnudando a la señora; despidieronla, y se fue pensando para su sayo: —«Cosas de novios.» —Alfonso corrió a echar la llave del salón, que con un gabinete, un cuarto de tocador y el espacioso dormitorio, formaba el departamento de Ana; y volviendo hacia su mujer, que aguardaba de pie, recostada en la chimenea aún tibia, murmuró sordamente:

—Ya no tenemos escuchas.

—Mira, Fonso —dijo Ana irguiendo la cabeza y fijando en su marido los irradiadores ojos—. Al casarme no sé si te quería o no, porque como es uno tan inocente... se me figura que no tiene aplicación a aquel tiempo la palabra *querer*. Ahora sé de fijo que... —la voz de Ana se humedeció— que te quiero... y basta. Mientras te quiera así... no pueden suceder barbaridades como esa que dices. No concibo, sintiendo lo que siento, que tengas ni asomo de celos, cuanto más... Bueno: pues siempre que me ocurrió el temor de que tú te celases por cualquier motivo... ¡porque no creas que no me ocurrió!, ¡yo soy muy cavilosa!, pensé que no debía defenderme, sino sólo darte mi palabra de honor de que tus celos eran infundados, y si esto no te bastaba y sobraba...

Y terminando el período con la acción, Ana, majestuosa y sencilla, echó a andar camino del gabinete.

Alfonso, conmovido ya, la detuvo.

—Hija... ¡Pero atiende! ¡Eso de la palabra de honor... es bueno para nosotros!

—No —repuso Ana— nunca lo he creído; nuestro honor consiste en lo mismo que el vuestro: en la lealtad y la sinceridad. Nuestro honor lo mancha también la mentira. Yo te aseguro, bajo palabra de honor, que todo cuando dijiste sobre un desmán de Ramiro Dávalos conmigo, me coge tan de nuevas, que me parece invención o broma de mal gusto. Y no sé más ni me disculpo más.

—Pues yo, bajo palabra de honor, te aseguro también que he visto a Dávalos, estando tú de espaldas, permitirse el desmán...

y lo peor es que como yo lo vi lo vio Cetina, y como Cetina media docena, que equivale a verlo toda la tertulia, que equivale a ver cosas aún peores todo Madrid. Y tú te volviste con cara muy placentera, en vez de sorprenderte o de indignarte...

Ana no respondía: reflexionaba. Su pie, flexible dentro del calzado de raso perla, hería impaciente uno de los remates dorados del guardafuego. Una arruga honda plegaba su ebúrnea frente. Sus labios temblaban.

—No tengo que añadir sino que tal desmán no llegó a conocimiento mío... Y el caso es que no creo que te propongas... matarme o volverme loca por gusto, inventando esa historia. Escucha... ¡idi la verdad! ¿Teníais tú y Ramiro algún disgusto anterior? ¿Le interesaba a Ramiro, por cualquier motivo, ponerte en evidencia ante el público? Porque ya me extrañó bastante aquello de pegarse a mí toda la noche, de no soltarme, de obsequiarme con tanto empeño... Y al mismo tiempo que me acosaba, no me decía sino insulseces indiferentes y cosas muy formales, como si en vez de hablar con una mujer joven hablase con un señor muchacho...

A medida que Ana se expresaba así, la cara de su marido se iluminaba como si el sol barriese de ella un densísimo nublado: sus pupilas, antes siniestramente turbias, destellaban amor y contento; sus brazos se tendían, sus rodillas se doblaban. Cayó en el sofá más próximo a la chimenea, pero arrastrando consigo a Ana, a quien había cogido fuertemente por la cintura. Palabras inarticuladas y un dulce silencio completaron la reconciliación.

IV

CUANDO se mitigó la efusión y se disipó la repentina embriaguez, Ana y Alfonso sintieron una punzada en el espíritu; quedaban en pie dos cosas muy graves: el escándalo y su consecuencia, el duelo.

Alfonso comprendía ya la verdad de los hechos, y reconstruía la comedia representada en la infausta tertulia. Deliberadamente, Ramiro le había marcado con sello profundo de ridiculidad y vergüenza. El ademán, bien calculado para que pareciese lo que no era ni podía ser, bastaba: indeleble sobre el hombro casto de su esposa permanecía la mancha oscura. Cien traiciones secretas de Ana no le deshonorarían, y le deshonoraba el inocentísimo natural movimiento de la señora al volverse risueña hacia Ramiro Dávalos, cuando éste simulaba una familiaridad inconcebible. Lo habían visto; y nadie impediría que, visto, lo contasen, y que, contado, recayese siempre como lluvia de cielo sobre la frente de los dos.

Pasando del salón al tocador, mientras Ana se quitaba sus galas y sus joyas, y las dejaba con tedio sobre el diván circular, y se ponía aprisa una bata de lana blanca, floja, los esposos trocaban palabras de zozobra y pena, referentes al conflicto.

—No es posible coger persona por persona a los tertulianos y enterarlas de lo que hay.

—No, y aunque les enterásemos, no lo creerían, o harían como si no lo creyesen.

—¡En lo que estriba la buena fama de una mujer! ¿Sabes tú, Fonsín, que es cosa que da que pensar mucho? Parece una invención sutil para fastidiar al género humano eso de la fama... ¡Fama! Las cosas ciertas, realísimas, tal cual son, sólo el de arriba las sabe.

—Hija; sí, pero en el mundo vivimos, y a sus usos o sus preocupaciones o sus tontunas tenemos a veces que allanarnos...

—No digo que no, y con todo... en el caso presente...

Abrochándose los últimos botones de la bata, con los brazos desnudos en las perdidas mangas orladas de espumoso encaje, los pies todavía presos en el elegante zapatito gris, Ana se sentó al lado de Alfonso, le puso ambas manos en el hombro, y resueltamente le preguntó:

—¿Qué has tenido tú con Ramiro? Quiero saberlo. Es de rigor que me lo digas.

—¡Ay, Nitis! Déjame en paz... Una historia vieja. Le agravié...

—¿A él mismo?...

—Es igual... A... otra persona... a quien él tenía obligación de defender: para que veas, eso lo reconozco.

—¿A... otra persona? Ramiro es soltero, huérfano de madre... ¿A cuál de las hermanas?...

—¿Qué más da? Yo no debo contarte estas cosas, nena rica...

—¿Que no debes contármelas a mí? Pues se las contarás al Gran Turco... No estamos para bromas: en resumen, tú ofendiste a Ramiro en su hermana... ¿Y él, qué hizo? ¿Te desafió?...

Alfonso volvió la cabeza por no arrostrar los ojos leales de Ana. Sintió que aquellos ojos le miraban desde muy alto.

—No me desafió... al contrario... dijo que esperaba, que aplazaba la satisfacción. ¿Qué te parece de eso?

Ana meditó un poco.

—Me parece tan bien... que por eso sólo formo el concepto de que Ramiro Dávalos no es ningún monigote. No quiso fuese su hermana, sino tu mujer, la que anduviese en lenguas de la gente. Y lo ha conseguido de plano. La jugada es segurísima, Fonso mío; es redonda.

—¡La jugada es de un canalla! —exclamó La Cueva levantándose violentamente.

—¡No por cierto! —replicó la señora con mayor energía—. Hay casos de guerra en que todo es lícito. ¡Caramba! Ya que la sociedad nos ha colocado a las pobres mujeres en tan difícil situación, a los que tenéis encargo de mirar por nosotras no os basta el valor, sino que necesitáis la astucia; tenéis que ser algo así... como generales que sostienen una plaza contra enemigos

sin número. Los pecados los castiga Dios, pero el mundo voy viendo que sólo castiga las imprevisiones y las torpezas. ¡Dígallo el caso presente! Yo que nada malo hice, pago las ajenas culpas, y ve tú a convencer al público de que...

—Ni intentarse debe —pronunció sombríamente Alfonso, cuya voz volvió a sonar dura y agria—. Sólo un remedio hay para tapar la boca a los murmuradores, que mañana andarán por ahí dando un cuarto al pregonero a cuenta mía y tuya. A bien que no está en Roma el remedio...

—¿Qué remedio es ése? —preguntó Ana—, ansiosa, inmutadísima, echando los brazos a su esposo.

—¡Bah! Hija, es bufo que esté hablando contigo de estas cuestiones... Necesito dormir, y tú también. Que descanses.

No tuvo tiempo Ana de detener a su marido: tan rápidamente se zafó, y tan a la carrera desapareció por el pasillo que conducía a su despacho y dormitorio, cerrando con llave. La señora llamó a la puerta, primero muy suave, luego fuerte. Silencio dentro. Ana sintió algo parecido a humillación y recelo de que los criados acudiesen y se enterasen. Agobiada de inquietud y tristeza, volvió a su tocador. Ardían las bujías color de rosa, y un ramo de crisantemos blancos languidecía al borde de la psiquis. Ana se desnudó maquinalmente, y trocó su camisa de vestir por la de dormir, que la doncella había extendido sobre la cama. Tiritaba, y creyendo que era de frío, se deslizó entre las sábanas y se acurrucó bajo el inmenso edredón de seda. Cerró los ojos, y al punto su valeroso espíritu formuló el problema con precisión terrible. El remedio único y soberano a que Alfonso había aludido, ¿cuál podía ser? Que Alfonso matase a Ramiro, o Ramiro a Alfonso... Si el escándalo de la tertulia era imposible de borrar, la muerte del ofensor o del ofendido bastaba, según las ideas admitidas en sociedad, para ahogar la risa mofadora y convertir en respeto el desdén... Todo era, en este caso, como en otros muchos, extraño e ilógico, ante el pensador, ante el hombre que raciocina; pero dado que no había de dirimir la cuestión un individuo que pensase rectamente, sino el conjunto de vulgaridades que forman la entidad llamada *mundo*, había que someterse, como a legislación de país salvaje, a la rutina tradicional... En el fondo de la historia latía algo que reclamaba

sangre: la falsa apariencia pública respondía de la realidad secretísima, por nadie sospechada: el absurdo tenía su base, y el más paciente y sagaz de los dos enemigos había ganado la partida, pues, vivo o muerto, su honor social, gracias a una aberración de ideas, a un cuerpo de doctrinas anticristianas, quedaba incólume.

De todas maneras, lo secundario era el porqué del duelo a muerte; lo de menos, aquella especie de involuntaria admiración que Ana sentía ante la perseverancia y el acerado temple de alma de Ramiro Dávalos. Lo esencial, que su Alfonso, su marido, su amor, tenía que jugarse la vida, exponer al cañón de una pistola la frente y el pecho, recibir una cuarta de hierro en el corazón tal vez. La idea del peligro se presentó de repente, pavorosa, envuelta en visiones de espanto, que acosaban a Ana por medio de reminiscencias literarias y artísticas, escenas de dramas, tragedias y óperas; véase, cual otra *Valentina* de los *Hugonotes*, corriendo a salvar a Raúl; y también un cuadro de pintor contemporáneo, *El duelo interrumpido*, se destacaba ante sus ojos, o mejor dicho, dentro de su fantasía: ella misma, Ana, la hija del opulento Monclares, en traje de baile, descotada, corría con zapatos de raso gris por la hierba húmeda, a la hora del amanecer, hacia un claro del bosque: mientras apretaba el paso, oía con horror dos palmadas, y luego una detonación, repercutida por el eco... Quería gritar, y en su garganta no se formaba sonido alguno... Apresurábase más, jadeando, y sobre la hierba divisaba tendido a un hombre... ¡Qué asombro! No era Alfonso, ¡era Dávalos! Una gran placa de sangre se extendía, al lado izquierdo, por la chamuscada camisa... Y Ana, en vez de regocijarse, lloraba, lloraba lentamente, y sus lágrimas se confundían con la sangre y la borran, y mientras Dávalos abría los ojos y sonreía y la miraba con adoración, Alfonso recogía cortésmente del suelo un abanico de pluma.

La señora, sudando, anhelosa, se enderezó en el lecho.

—¡Vaya una manera de soñar! ¡Y qué absurdos! Serenémonos... ¡Hoy no he de dormir en paz! Yo no quiero que a Alfonso me lo maten. No sé lo que haré, pero he de impedirlo. ¡Señor, Dios mío, alumbrá mi razón! A él no le pido que no se bata; en primer lugar, sería quitarle la serenidad que necesita; y en

segundo... verdaderamente ¿qué ha de hacer Alfonso? No va a darle al otro excusas, después de la gracia de anoche. Ni el otro las admitiría... ni a mí me gustaría que Alfonso las diese... ¿Qué harás, Ana? Pues tampoco es cosa de ir, como en los dramas, muy rebozada en un velo, a casa del adversario de mi marido... ¡Sólo faltaría! No perdamos la brújula... Hay un recurso; es muy vulgar, muy chabacano, muy tonto... pero surte efecto... a veces... Por desgracia... aquí no lo surtirá; sólo vale para casos en que no tienen ganas de verse frente a frente los duelistas... Y si Dávalos es vengativo, Alfonso no se ha de quedar atrás en ningún terreno; eso lo sé yo de sobra... Alfonso irá adonde le quieran llevar, e irá de frente; irá hasta el límite. De casta le viene... ¡Un La Cueva!

En medio de su agitación horrible, Ana saboreó cierto pueril orgullo, recordando la hidalga alcurnia de su esposo y enlazando esta idea con otras de dignidad y bizarría. Por las cortinas del gabinete contiguo a la alcoba se filtraba tenue rayito de claridad. La señora saltó de la cama, abrió las ventanas, volvió el grifo de su lavabo, y se lavó a chapuz el rostro y los encendidos ojos; recogióse el pelo sencillamente; se vistió un traje de mañana corto, de paño liso; sacó del armario el Eucologio, el rosario y el gran velo de encaje, y se envolvió en él la cabeza, sin dejarlo pasar de los hombros, recogéndolo bajo la garganta con un trébol de rubíes. Había calculado que el velo, colocado así, puede bajarse sombreando la cara, y tapar unos párpados cuyo matiz rojizo delata el insomnio y la aflicción.

Estos preparativos de tocador no se hicieron tan aprisa que los criados no empezasen ya a rebullirse por la casa adelante, y que no se oyesen en el patio interior resonar patadas de los caballos, que el cochero lavaba y almohazaba fuerte, pasos calmosos por el piso bajo y la cocina, y los primeros campanillazos tímidos de los proveedores, que madrugan a fin de no estorbar y dejar entregada su mercancía antes que empiece la faena del aseo de habitaciones y preparativos de almuerzo. La doncella debió de percibir que algo extraño sucedía en el cuarto de la señora: por su parte, el ayuda de cámara acudía al del señor, que ya estaba en pie, con batín, pero bien calzado y muy atusado de pelo. «Estas cartas al señor brigadier Antequera y

al señorito Donato Cármenes... Ya estás allá. Que les despierten si duermen.»

Regino salió escapado, no sin pensar para su americana:

—¡Vaya un humor y un gesto que se trae hoy mi señorito!

Por su parte, la doncella, con el tono de extrañeza de un aya púdica que ve a una *miss* echar los pies por alto, decía a la esposa de Alfonso:

—¿Sale tan temprano la señora? ¿No quiere la señora que enganchen?

—Si quisiera lo mandarí —respondió impaciente la dama, mientras llenaba de dinero la bolsita de felpa y gamuza, y tendía la pierna para dejar abotonar las botas de suela doble. Minutos después bajaba la escalera sin ruido, y llegada a la esquina de la calle, observando que ya no podían verla desde las ventanas de su hotel, llamaba a un simón y saltaba dentro, diciendo al soñoliento auriga:

—A casa del señor gobernador de Madrid.

AUNQUE arrancado de las sábanas a horas en que los trashedores apetece y gozan el reposo, el recibimiento del gobernador no se resintió del mal temple que causa en el espíritu impresión tan poco grata. Desempeñaba por entonces el importante cargo un título, antiguo diplomático, algo literato y muy observador, hombre de exquisita cultura, el más a propósito para acoger bien a una dama en casos tales como el de Ana la Cueva.

Absorta en su preocupación y en sus terrores, la señora notó, sin embargo, que la sala donde la mandaron esperar revelaba hábitos delicados, gustos artísticos. Vio, sin querer verlos, los tapices descoloridos, las colgaduras rozagantes, los cuadros pocos en número, pero elegidos con inteligencia, de asunto simpático y célebres firmas; en una esquina el piano, abrigado por su charro mantón de manileña estirpe, y como para contrastar con la nota afeminada del piano y las cortinas de seda, divisó por las paredes trofeos de ricas armas, las azagayas caprichosas de los piratas joloanos y las emponzoñadas flechas de los pieles rojas, junto a los artísticos sables japoneses y las herrumbrosas espadas góticas, comidas de orín secular. Le hubiese sobrado tiempo a Ana para registrar el gracioso saloncito, pues el gobernador tardó en salir media hora bien larga. Y la señora no pudo quejarse del plantón, al ver que el marqués se presentaba atildado y limpio, resplandeciente de pechera y ceñido de bota, sin conceder más a la hora intempestiva que el batín de fina franela y la ligera chalina anudada alrededor del terso y alto cuello de la camisa.

Ana había mandado pasar su tarjeta, y la reverente inclinación del gobernador la probó que no tenía que habérselas

con un fatuo, ni menos con un burócrata entontecido, sino con una persona de su misma esfera, con quien podía hablar sin miedo.

Desde el primer momento el funcionario adivinaba o presentía para qué clase de asuntos podía venir a despertarle una señora de tan honesto porte. Así es que Ana habló a su talante, y el gobernador la oyó en silencio. Terminada la relación, él se aproximó algún tanto a la dama, de la cual se había mantenido a distancia muy cortés.

—Señora —dijo en tono casi confidencial—, yo creo que no necesito asegurar a usted que procuraré complacerla: además, tengo el deber de impedir que se lleven a cabo los desafíos; la ley los prohíbe y hasta los castiga severamente. ¡Pero... siempre hay un pero!

—Sí, ya comprendo lo que usted quiere indicar... Que una cosa está usted obligado a hacer en concepto de gobernador, y otra piensa usted como caballero. ¡Si a mí me sucede algo de lo mismo! Yo quiero que no haya lance, que usted lo estorbe: yo no puedo, no puedo transigir con que a Alfonso le hieran o le maten. Y sin embargo, póngame usted en el lugar de Alfonso, y siento y procedo como él.

El gobernador, sin responder ni aprobar con la cabeza, sonreía enigmáticamente. Por fin, frunciendo apenas el entrecejo, se resolvió a descifrar sus palabras:

—No, señora... No es eso precisamente... Es otra cosa... mucho menos... La ruego a usted que no se disguste ni lleve a mal... ¡Cuánto lo sentiría! En sustancia: el gobernador tiene el derecho y hasta el deber de impedir los duelos *serios*... Pero representaría un papel asaz desairado si se lanzase, con gran aparato de policía y guardia civil, a deshacer lo que ya está deshecho de suyo y a impedir que crucen las espadas dos personas... que maldito si las querían cruzar, aunque el gobernador no se lo impidiese.

Ana hizo un movimiento vivo, sublevándose e irguiéndose.

—En el caso presente, señor gobernador...

—¡Por Dios, señora! No es mi ánimo ofender ni con el pensamiento al señor La Cueva... Usted no me ha enterado, ni es preciso, de las causas del lance... pero dice usted...

—Digo y repito que las causas son de tal índole... que un hombre de honor... Y aunque no fuesen graves las causas... no tratándose de ningún muñeco...

Volvió la misma sonrisa, discretamente maliciosa, a jugar en los labios del gobernador, el cual se limitó a suspirar bajito:

—¡He visto tanto duelo!...

—¿Tanto duelo?

—Tanto conato de duelo, debí haber dicho.

—Pero qué, ¿no se realizan nunca? ¿No hay casos en que suceden... cosas... desagradables? ¿Heridas... muerte?

El gobernador posó en Ana una mirada sagaz, escrutadora, piadosa, comprensiva: una mirada que registró hasta los últimos senos el alma transparente de la mujer entusiasta, apasionada y exaltada en su amorosa fe.

—En las ocasiones en que ha de suceder eso que usted teme... —advirtió por último—, nuestra intervención sobra. Entonces los contrincantes están resueltos a batirse por encima de todo, y de no hacerlo en Madrid lo hacen en Segovia, y de no poderlo hacer en Segovia pasan la frontera y lo hacen en Francia... El odio es como el amor; desacata toda ley; las leyes escritas no van con él, señora. Por eso manifesté a usted que si el lance entre su marido y Ramiro Dávalos es serio, no está en mi mano evitarlo, y si no es serio, se evitará él solo... Y como lo segundo es lo que más a menudo pasa...

—No lo niego; pero yo no considero a Alfonso de... esa pasta que por lo visto abunda tanto —exclamó Ana con indicios evidentes de dolor y despecho.

—Lo creo, lo creo, estoy persuadido de que tiene usted razón —asintió el gobernador con urbanidad, que pudiéramos calificar de exagerada, a no parecer tan oportuna y tan impuesta por la necesidad—. Pero salvando y dejando aparte al señor La Cueva, a quien ni siquiera aludo, permítame usted que la pida un poco de indulgencia para los que no poseen esa tenacidad y esa resolución enérgica de su marido de usted. ¡Creo que usted, en su fuero interno, califica con excesiva severidad a los duelistas frustrados, que son el noventa y nueve y medio por ciento de los duelistas!

—¿Según eso, he de pensar que la humanidad se compone de cobardes?

—¡Por Dios, señora! ¡Comasión, una miaja de compasión para la pobre humanidad! El valor es multiforme. Hay clases de valor que todo el mundo... o casi todo el mundo... posee; hay otras que es difícilísimo cultivar y afirmar en las horas críticas. En riña casi nadie se amilana: la sangre hierve, los nervios se alborotan y está uno hecho un Cid. ¡Pero usted no se imagina lo que es eso de dejar transcurrir horas; de aguardar en casa la llegada de los padrinos; de ir poco a poco perdiendo vapor; nervios y ánimo; de esperar a que otros decidan a qué distancia se situará usted del cañón de un arma de fuego; de saber que el adversario hace blancos y agujerea cartitas de baraja a tantos pasos como usted va a ponerse; de que así pasen días, días en que se reflexiona sobre el precio de la vida y lo desagradable que sería un viaje a la sacramental!...

Pálida y con los labios contraídos, Ana se agitó en el sofá sin notarlo. Recordaba haber oído que el hombre que la hablaba así había dado en alguna ocasión señales de bizarra entereza. Y sin meditar exclamó:

—No parece sino que usted ha ajustado su vida a esos principios.

—Señora... —pronunció él más rendidamente que nunca—, agradezco la lisonja que envuelve ese argumento de carácter personal, y no debo ocultar a usted que no me exceptúo del número de los que no encuentran maldita la gracia a la perspectiva de la pistola enfrente.

Ana vibró al gobernador una mirada de fuego: sus facciones adquirieron la apasionada tensión que se advierte en las máscaras trágicas antiguas; inclinose, y con voz honda preguntó:

—¿Qué, no se batiría usted teniendo que batirse?

No fue necesaria contestación verbal. La cara, los ojos, la actitud serena del varón contestaron plenamente a la pregunta de la hembra. Fue uno de esos instantes en que el carácter sexual se afirma con más pujanza aún que en las manifestaciones eróticas. El sexo débil recordaba al fuerte su papel, y el fuerte respondía que estaba dispuesto a desempeñarlo, a justificar su tradicional dominio.

Y Ana, entonces, se puso en pie.

—Ya comprenderá usted —dijo ciñendo al talle las puntas del velo e indicando un ligero saludo de despedida— que estimo a mi marido tanto, tanto... por lo menos... como a otro caballero digno de estimación. Y esto es lo que... precisamente... me... me preocupa... porque... temo... temo que...

—Serénesse usted, señora, dígnese tomar asiento hasta que se calme... —suplicó el gobernador, conociendo que por fin la valerosa mujer desfallecía y se entregaba indefensa a la emoción profunda.

Ana se dejó caer otra vez en el sofá, y cubrió un minuto los ojos con el pañuelo, sollozando, mientras el gobernador, en vez de importunarla con ofrecimientos de sales, éter, tila, consumado y demás reparos que se ofrecen al desfallecimiento femenino, se apartaba prudentemente, dejando pasar el acceso de natural sensibilidad, tanto tiempo reprimido. Conocía el *crescendo* de los afectos en semejante género de entrevistas, y nunca forzaba el tiempo ni excitaba la neurosis de las que allá para sí llamaba sus *penitentes*, con importunas exhortaciones y consuelos de brocha gorda. «No me pesa —calculaba al oír el anhelo de la reprimida congoja de Ana—, no me pesa de lo que dije a esta infeliz señora tan joven y tan linda. La he preparado para el desencanto: así quizá la duela menos. ¡Una mujer honrada, y sobre honrada prendada de su marido, y sobre prendada llena de ilusiones romancescas! ¡Qué drama interior! Al lado de éste, vale un comino el que ha de desarrollarse sobre el terreno... si es que se desarrolla..., que eso está por ver. Lo peor es que no habré conseguido quitarla de la cabecita la funesta idea de que ha casado con el mismo Cid Campeador o Bernardo del Carpio.»

Dominando ya su enternecimiento, levantábase Ana y volvía a despedirse.

—Me voy descorazonada... —indicó al gobernador, que se inclinaba con el más halagüeño respeto—. Usted nada hará para impedir que se realice el desafío.

—Señora, afirmo a usted del modo más terminante y más explícito que haré todo, todo lo humanamente posible, se entiende. Ahora mismo voy a tomar mis medidas, y si usted vuelve a llorar, al menos no será por mala voluntad o por negligencia

mía. Ruego a usted que acepte mi promesa formal, y la considere insignificante muestra de lo que agradezco haber tenido la honra de saludarla... siquiera lamente el motivo.

Cuando Ana volvió a entrar en su hotel, oídas fervorosamente dos misas, eran las diez y media de la mañana; más bien las once.

—¿Hay alguien con el señorito? —preguntó con afán al portero.

—Sí, señora... El señor brigadier Antequera... el señorito Cármenes... y otros dos más que han pasado tarjeta, desconocidos; nunca los vi.

VI

QUIEN no haya asistido a los preliminares de un desafío, no puede adivinar ni siquiera inferir la peregrina jurisprudencia y la enrevesada casuística que los rodea y acompaña. Ello es que el verdadero desenlace de un lance de honor no depende del momento en que los adversarios se ven frente a frente y con las armas en la mano, sino de esas horas laboriosas en que cuatro hombres, ajenos al interés secreto que impulsa a los duelistas, ajustan las condiciones del encuentro y echan en la balanza de la suerte el peso de su carácter, de sus convicciones, de sus preocupaciones y hasta de su estado físico, que puede inclinarles más o menos a las soluciones belicosas. Al duelista, por punto general, no le mata nunca su contrario, sino sus testigos; ni le deshonra su propia flaqueza, sino la inepticia de ellos, y la complicitad moral, que ante las personas honradas (aunque no lo sean sino a medias), tienen prevenida para todo desfallecimiento del ánimo. Forzosa consecuencia del primer absurdo, que consiste en fiar a la ajena custodia cosa tan personal e íntima como la defensa de la honra y conservación de la vida, de la cual no somos más que depositarios, no dueños.

En el asunto de Alfonso, desde el primer momento tuvo el debate carácter especialísimo. Fueron los que en él intervinieron, no *padrinos*, sino *testigos* verdaderos, con restringidísimos poderes, ya que los adversarios, por razones que conocemos, no les hacían jueces de los motivos de la cuestión, sino reguladores de sus trámites.

Al llamar Alfonso al expertísimo brigadier Antequera y a Donato Cármenes, especialistas en duelos correctos y bien llevados, notó en la cara de los dos testigos que sabían perfectamente el

porqué. Ninguno asistió la víspera a la tertulia de Lanzafuerte; pero sin duda algún tertuliano, yendo a concluir la noche en el Casino, la Peña o el Veloz, había encontrado a los amigos de Alfonso, faltándole tiempo para enterarles del escándalo. Y la rabia de la impotencia se apoderó de La Cueva al comprobar lo bien tendida que estaba la red de su enemigo. En cualquier caso, vencedor o vencido, el afrentado era él, Alfonso.

—Creo —dijo a sus testigos— que poco tardarán en presentarse las personas que designe Dávalos. Puesto que ustedes están conformes en representarme, así que vengan esas personas las enviaré a que se entiendan con ustedes, o las citaré aquí a una hora en que ustedes puedan acudir. Mis instrucciones... —Alfonso vaciló un poco—, mis instrucciones son... que se avengan ustedes a las condiciones y armas que fijen los testigos de Ramiro. La cuestión no tiene arreglo fácil, porque a la salida de casa de Lanzafuerte se han cruzado entre nosotros palabras muy gordas e injuriosas, y hasta se alzó un brazo para herir una mejilla y hubo un puño que lo sujetó. Y como fui yo quien amagó el bofetón —total lo mismo que si lo diese— resulta que es Ramiro el ofendido, y pasaré por lo que él desee.

Hicieron los testigos las acostumbradas objeciones, formulando el inevitable alegato en pro de la avenencia; pero conocíase que sus frases las dictaba una rutinaria obligación, y no el convencimiento, que presta vigor sustantífico a la palabra humana. Incapaces de entender la clave del enigma, sentían que un esposo ultrajado de tal manera y tan en público, ni podía avenirse, ni conformarse. Al oír a Alfonso declarar que el ofendido era Ramiro, lo traducían como astuta prevención para despistarles, si fuese posible. Y ya se levantaban, preocupados, Cármenes mordiendo el bigotillo, el brigadier frunciendo el entrecejo y tosiendo con afectación, cuando sonó en la verja un campanillazo seco y hostil, y el criado pasó las tarjetas de los señores conde de Alén y don Pedro Ordóñez de Lara.

—Los tenemos ahí —murmuraron los testigos sentándose otra vez y tendiendo la mano al cajón de puros abierto sobre la mesa ministro de Alfonso.

Y éste, al enhebrarse por la puerta que comunicaba con el cuarto de baño, advirtió soltando la cortina:

—Recuerden ustedes lo dicho... Acepten las condiciones, y no pongan dificultad ninguna, por fuertes que parezcan.

El tiempo que tardaron en entrar los testigos de Dávalos, bastó a los de Ramiro para fijarse en el retrato de Ana que adornaba, en lugar preferente, el escritorio de Alfonso. Rodeaba la fotografía un bonito marco de fulgurante *strass*, y Ana aparecía sencillamente ataviada, el hermoso pelo negro recogido en lo alto de la cabeza por medio de un agujón de pedrería, la nuca juvenil descubierta, las finas y expresivas facciones bien acusadas por el claro oscuro, y en el busto, donde ya se desvanecían los contornos del traje, una rosa detallada con primor, una rosa gentil y erguida no menos que su dueña.

—La verdad es que es *de buten* —dijo con fatuidad Cármenes, fantaseando planes de porvenir y segundas mesas deliciosas.

—Sí, buen bocado —gruñó el austero brigadier—, ¡pero que todas han de ser cortaditas por un patrón! ¡Mientras no se res-tablezca la jurisprudencia antigua y se las azote por mano del verdugo, puestas a horcajadas sobre un asno, darán estas malditas que sentir a los hombres decentes y que reír al demonio!

Mientras deliberaba el consejo de los cuatro, Alfonso esperaba en su cuarto tocador, inmediato al de baño, donde por delicadeza no había querido permanecer, pues corría el riesgo de oír lo que se platicase. Aficionado a una pulcritud británica y a estar en los ápices de la comodidad, Alfonso tenía su tocador, no como el de una dama, sino como el de un hombre refinado e inteligente en las artes del bienestar y el lujo. Un ropero con tres secciones, de lunas hábilmente combinadas, hacía frente a un diván de masaje cubierto por muelle revestimiento turco. El lavabo, de mármol rojo con grifos de plata, era muy amplio, y en sus tabletas se alineaban en orden de batalla, de mayor a menor, las esponjas, los cepillos, las tijeras inglesas, los frascos de colonia y vinagre, los limpiaoidos y los menudos y relucientes chirimbolos con que se completa el aseo de la dentadura y el pulimento de uñas y piel. El tocador, severo y sin faralaes, lucía un complicado surtido de peines de pelo y barba, toallitas, frascos, brochas y espejillos de formas raras, señal del esmero con que era atusado aquel pelo negrísimo que desordenaban luego las manos cariñosas de una mujer ciega de amor.

Dejose caer Alfonso en la butaca donde solían peinarle, y exhaló un suspiro, reconociendo que se encontraba quebrantado de espíritu y cuerpo, que sentía el madrugón y la toledana noche, amén de las emociones borrascosas del dichoso sarao de Lanzafuerte. Allí que nadie le veía; allí que no se necesitaba mantener la serena actitud que imponen los preparativos de un duelo, Alfonso podía dejar caer los brazos y confesarse a sí mismo... al otro Alfonso que se reflejaba en el espejo triple... que lo del duelo... tal cual él lo comprendía —preparado, combinado y puesto en escena por Dávalos con la destreza y la picardía y la vengativa sorna de un agraviado rencoroso...— era, en puridad y dejándose de farsas... una broma pesadísima, una locura, una contrariedad de marca mayor, una teja que le caía sobre la cabeza a un hombre completamente feliz la víspera de tan impertinente asunto.

Quizá la vista del tocador fuese lo que le sugería estas desagradables reflexiones. Alfonso había deseado mucho, cuando soltero, procurarse una instalación así, de un *comfort* sólido y extremado; y ahora, con su casamiento, este sueño y otros más se realizaban, y formaban a su alrededor esa atmósfera grata y tibia que infunde voluntad de vivir. No tachemos a Alfonso de interesado coburgo: no amaba en su mujer el dinero: la amaba con su caudal, pero en su persona, en toda su hermosura honesta y fresca, que como huerto cerrado y sellada fuente, sólo el dueño poseía. La riqueza y la ventura, dentro del ambiente gratísimo que le cercaba, eran cosas tan inseparables, que Alfonso no las distinguía: de ambas reunidas se formaba aquel estado envidiable, aquel puerto de reposo donde creyó haber anclado y de donde le arrancaba ahora el huracán. Sus planes de vida de familia, sociable, recta y decorosa, sus sueños de paternidad y de alegrías babosas, mezcladas con dulces angustias de sarampiones, escarlatinas y otras plagas infantiles; su resolución de agotar el amor conyugal como se agota una copa colmada de vino puro, rancio y sabroso... ¿dónde iba todo?, ¿qué probabilidades tenía de llegar a gozarlo? ¿Qué esperanzas de dilatar los años para prolongar las dichas, y qué garantías de tranquilidad, si le acechaba en la sombra aquel vengador de romance y drama, aquel hermano sediento de sangre y de ignominia?

La víspera recordaba Alfonso que su dolor fue de otro género: celosa rabia, en los cortos instantes que sospechó de su mujer. Hoy, convencido ya y desengañado de la diestra estrategia de Ramiro, lo que sentía no era furia, sino postración, abatimiento, desgana, repulsión, zozobra inexplicable, algo como frío que le serpeaba sutilmente por las venas. Confundiendo la impresión moral con la física, prendió una cerilla en el mechero de alcohol siempre encendido, y la aplicó a la chimenea de gas, que al punto resplandeció con intensa claridad reverberada en la bruñida placa del fondo. Arrimose al calor, y tendió las manos con un *ibrr!* de estremecimiento profundo.

Desde su butaca percibía el rumor de las voces: sin duda hablaban entonces un poco más alto los testigos. No distinguía las palabras: sólo le llegaba el rumor, entrecortado por largos silencios. Sintiose Alfonso irritado, nervioso, y se cogió la cabeza con las manos, por repeler los informes sonidos que no entendía. Allí se estaba decidiendo su destino; allí se le estaba sin duda sentenciando a hacer cualquier barbaridad enorme, como si no fuese estúpido matarse con un individuo a quien no queremos mal, y cuya hermana era muy linda... ¡o muy fácil!... antaño. Sí; allí se estipulaban, una pierna sobre otra, entre veguero y veguero, condicioncitas de esas que para los demás se pactan con suma frescura, y que, no obstante, son a todas luces un resto de barbarie, y hacen del duelo un asesinato... Que a veinte pasos, avanzando... que disparar cuantos tiros hagan falta hasta que uno de los dos adversarios se inutilice... ¡Inutilizarse! La palabra la leía ahora Alfonso con letras rojas sobre la placa dorada de la chimenea... *Inutilizarse*, ¡vocablo hipócrita! Equivales a caer de bruces dando antes la terrible voltereta de la lesión traumática mortal; equivales al frío del acero penetrando en un corazón que latía lleno de juventud y salud y amor; equivales al agujero en la cabeza, por donde asoman fragmentos de masa encefálica; equivales al brazo que cuelga inerte, a la pierna que se desangra, al ojo que se vacía, al rostro que se desfigura, todo lo que horripila y consterna, todo lo que sabe al alma como al paladar el zumo del ajeno.

Tales cosas vio Alfonso en la claridad de la chimenea, que su cara palideció, sus pupilas se dilataron, y una constricción in-

tolerable bajó de su epigastrio a sus riñones... Y en aquel momento de agonía, cuando imperceptible sudor brotaba de sus cabellos, cuando una voz cruel y burlona le murmuraba dentro del cráneo:

—Lo que tú tienes se llama miedo en todas partes...

Ana, entrando por una puertecilla interior, vestida aún con el traje de su correría matinal, se lanzó a él exclamando alar-mada:

—Fonsín, ¿qué te pasa? Pareces un cadáver... Mírame... Pero, ¿qué es eso? Estás malo, muy malo...

VII

—S I no tengo nada... tú ves visiones, hija.

Y Alfonso, estimulado por la presencia de su mujer, se incorporó, se rehizo, enderezó el cuerpo, hasta sonrió.

—Allí están esos señores —añadió señalando a la puerta del cuarto de baño. Hace un rato que conferencian, y es fácil que de un momento a otro salgan, por lo cual debes subir a tus habitaciones y esperarme allí.

—¿Irás a decirme...?

—Sí; mi palabra.

—¿Pero todo? ¿Sin ocultar cosa ninguna?

—Todo absolutamente. Te seré franco: si desde el primer momento te hubiese podido callar esta zambra... mejor para los dos. Como ya estás impuesta en lo principal, no hay razón... Oye —continuó, observando el atavío de Ana—, ¿a dónde has ido tan de madrugada tú?

—A rezar —contestó intrépidamente la dama, que no mentía—. A pedir a Dios. ¡Ya ves que en ciertas ocasiones!...

Diose Alfonso por satisfecho con la explicación, y haciendo alarde pueril y fanfarrón de excepticismo, murmuró:

—Pues ya se ha salvado el país... ¡Anda, Nitis, criatura, sube... anda!

—¿De veras no estás enfermo? Al entrar, juraría...

—¿Qué había de estar enfermo? ¡Vamos, no digas ridiculeces! ¡Enfermo! Arriba, feúcha, tonta... ¡Por los clavos de Cristo... que van a encontrarte esos señores!

Ana subió preocupada, rumiando una aprensión indefinible, pareciéndole que volvía a ver a su Alfonso, tan desencajado, con aquel color de muerto, aquel extravío en los ojos, aquella posturación en la actitud...

Su retirada fue oportuna: aún no habría empezado a dejarse quitar las horquillas del velo, cuando el criado avisó a La Cueva de que acababan de retirarse el señor conde de Alén y el señor Ordóñez, y que los señores de Antequera y Cármenes le aguardaban.

Procurando caminar con paso resuelto y firme, dirigióse Alfonso a su despacho, y a fin de aparecer todavía más fresco e indiferente, al entrar, en vez de formular la pregunta que le importaba, fue derecho al cajón de puros y dijo entre dientes:

—¡Caramba! El caso es que no me acordé de llevarme uno cuando salí...

Llamole la atención la cara de sus testigos, que la tenían mitad asombrada, mitad satisfecha, cual si les hubiesen quitado de encima grave peso; y como se oyen las voces que en sueños nos interpelan, oyó resonar la de Donato Cármenes:

—Chico... ¿Sabes que va a sorprenderte el giro que ha tomado la cuestión? Es decir, a ti puede que no te sorprenda tanto como a nosotros... porque, naturalmente, estás en todos los antecedentes posibles...

Aquí el acento de Cármenes adquirió ciertas inflexiones de ironía.

Alfonso, tendiendo el oído, queriendo reprimir el interior anhelo, preguntaba con los ojos. El brigadier casi parecía mohíno; Cármenes iniciaba sonrisas de desenfado y mostraba tendencias a la broma.

—Verás: tú nos habías dicho que el lance, según todas las probabilidades, sería a muerte; que Ramiro daría a sus padrinos instrucciones de proceder a raja tabla, y que nuestra misión era aceptarlas y ajustarnos a ellas... sin discutir las. Pues, hijo, en esa intención estábamos, pero suponte tú que nos salen con la pata de gallo siguiente: Ramiro comprende que anoche, cuando cuestionasteis, al salir del tresillo de la Lanza, ibas tú acalorado; que él te sujetó el brazo antes de que llegases a darle el bofetón, y como demostró con eso que pudo darte otro si quisiese, no hay verdadera ofensa; que sin embargo está a tu disposición si deseas batirte, y que entonces aceptará tus condiciones, sean como sean. No ha pasado ni más ni menos. ¡Ah! Y que si no tienes empeño en llevar adelante la cosa, se firmará un acta. Como es na-

tural, dijimos que lo consultaríamos contigo, pues ignorando si había algo más entre vosotros que la gresca en la calle, no podíamos resolver así de buenas a primeras. Tú dirás.

—Usted dirá: nadie más que usted puede decir —confirmó Antequera, siempre fosco y huraño.

Alfonso tardó en responder. Los oídos le zumbaban; la sangre se le agolpaba al corazón, y de allí subía a la cabeza congestionándola: su lengua seca impregnaba de pegajosas hieles su paladar. Comprendía... ¡Demasiado que comprendía! Ramiro ya no aspiraba a matarle; lo que quería era cubrirle de ignominia y de baldón: amancillar primero en su honor de esposo, y dejarle luego estampada la nota de infamia del que no ha pretendido borrar la mancilla y volver por su dignidad en la única forma que en su aberración admite y sanciona el mundo. La hipócrita actitud de Ramiro era un prodigio de páfida habilidad: semejava respetuoso homenaje a Ana, deseo de evitar mayor escándalo, de no herir a una señora, cuando realmente era nueva emboscada contra Alfonso, y emboscada de tal índole, que de ella tenía que salir o desprestigiado o muerto.

Lo conoció perfectamente La Cueva, y conocerlo fue su castigo. Un solo camino decoroso le quedaba abierto, y era exclaimar: «Vayan ustedes y díganle a Alén y a Ordóñez que quiero duelo, hasta que Ramiro o yo nos inutilicemos de verdad.» Pero en vez de estas palabras, salieron de sus labios otras, dictadas por la victoriosa naturaleza: «Déjenme ustedes pensarlo unas horas... Les avisaré a su casa. Gracias por todo, ¿eh? Es cosa de reflexionar, como ustedes conocen.»

—De reflexionar, de reflexionar... ¡Carabinero! ¡Maldito si vale un pepino en estas cosas la reflexión! —masculló el brigadier—. Son del primer instante, y si no... En fin, usted sabrá...

—Cada uno sabe dónde le aprieta el zapato —respondió mostrándose amostazado Alfonso.

—Pero, Antequera —decía Cármenes a la salida, riendo ya francamente—, usted parece un testigo de comedia, de pieza por horas. Empeñado en que a Alfonso le ensarten...

—¡Hombre! ¡Por vida! Me parece a mí que después de lo que hizo Dávalos con la señora de La Cueva...

—¡Chs! Si eso *no lo sabemos*...

—¿Que no lo sabemos? ¡Carabinero real! Pues no dijeron anoche que allí, a la vista de todos...

—¡Bstt! ¡Si eso *nunca se sabe!*... Cualquiera pensará que ahorita mismo viene mi brigadier de los montes de las Amézcocas.

—Allí me dan ganas de meterme ermitaño cuando veo ciertas cosas. ¡Por vida! ¡Carabinero real!

Solo ya Alfonso, a la manera del banquero que próximo a declararse en quiebra hace balance exacto de sus haberes, calculó la provisión de energía y fuerza con que contaba, y espantado y trémulo vio que no podía alcanzarle para hacer frente a la pavorosa situación.

Su terror fue doblemente profundo, al recordar que la víspera se sentía lleno de acometividad fiera, y la perspectiva del lance le enardecía y exaltaba. Es que entonces se creía ofendido, traicionado, vendido, despojado del amor de su esposa: hoy, sabiendo que de la traición sólo vanas apariencias existían, el rencor se apagaba, la saña extinguíase en su espíritu, y quedaba sólo en pie el deseo de disfrutar largos años la hermosa vida y de conservar íntegros el cuerpo y la salud. Si al menos Ramiro insistiese, apretándole y constriñéndole a aceptar el empeño, iqué remedio entonces!, sería preciso ir derecho al campo, ocultar la flaqueza y entregarse cerrando los ojos al peligro... Lo que fallecía en Alfonso era la voluntad; lo que se relajaba era la fibra de la iniciativa; lo que tenía enfermo era el carácter. Analizando en aquella suprema hora su estado moral, Alfonso reconocía que si fuese soldado, la subordinación le llevaría a arrostrar la metralla; que si fuese obrero, con su escuadra descendería a la mina; que si fuese marinero, subiría a las gavias; que en suma, dirigido, mandado y desplegando otros la voluntad de que carecía él, era posible que saliese con lucimiento de las grandes pruebas. Mas siendo él mismo quien tenía que desarrollar la fuerza misteriosa de la volición, que es como la virilidad del espíritu, Alfonso notaba con humillante dolor la vergonzosa deficiencia, la postración invencible, la incapacidad absoluta, irremediable... para decirlo pronto: la afrentosa *co-bardía*.

Hundido en un sillón; puestos los codos sobre la mesa; caída la cabeza en las manos; clavadas las uñas en el pelo, La Cueva

pasó algunos instantes horribles, mil veces peores que los que se pasan al frente de la pistola apuntada o del florete esgrimido por mano maestra... Entre sus dedos rezumó un licor salado y amargo; y levantándose de repente, más blanco que su camisa, murmuró casi en voz alta: «Lo único que me faltaba era llorar.»

Fue a apoyarse en la chimenea. El sol hería ya con sus calientes reflejos los recortados arbolillos del jardín; abrió la ventana y respiró lleno de placer. En suma, ¿por qué se apuraba de tal manera? Ciertamente que se había divulgado lo de casa de Lanzafuerte; pero la sabia y honesta conducta de Ana borraría bien pronto esa mala impresión. Novios como eran, se irían a París; tendrían allí el invierno, y al regresar estarían agotados los comentarios, y el incesante remolino de la vida cortesana se habría tragado el incidente como leve arista. ¡Qué de escandaleras, qué de alborotos de un día o una hora, hasta de una semana o de un mes, había visto Alfonso desaparecer, borrarse, difumarse entre las nieblas del olvido, mientras la rueda social daba rápidas vueltas y el bullicio, con su perpetuo rum rum, cubría gritos, ayes, imprecaciones y carcajadas!

El tiempo era el médico soberano para estas cosas. Nuevas comedias y tragedias quitaban del cartel las antiguas. La frivolidad condenaba las evocaciones del pasado, y el buen gusto ponía el pedal para apagar todo estrépito. Lo único que el transcurso de los años no podía curar, era una estocada a fondo o un balín en la sien. ¡Morir! ¡El ataúd, los cirios de la capilla ardiente, la cama imperial, los responsos, las fúnebres salmodias, el carro empenachado, Ana de crespón negro, Ana a los dos años de lila, blanco y gris, volviendo al mundo, festejada, galanteada otra vez, alegre, linda!

Alfonso se sentó de nuevo a la mesa y escribió a sus testigos. Acaso Ramiro tuviese razón: ofensa no la había: tratábase de una quimera, dos o tres palabras fuertes, en sustancia, nada entre dos platos... Autorizábales para redactar el acta, dejando a salvo el honor... Esto en el supuesto de que el señor Dávalos persistiese en brindarse a un arreglo decoroso por ambas partes, y no exigiese retractaciones, ni más concesiones que las mutuas.

VIII

ENVIADA la carta, Alfonso sintiose regocijado y dolorido a la vez: respiró primero ruidosamente; luego, opresión inexplicable le apretó el pecho y los pulmones. Como subía la escalerita que conducía a las habitaciones de su mujer, atribuyó al sobrealiento aquel singular ahogo.

Ni en el saloncito ni en el gabinete estaba Ana. Tampoco la encontró en la gran alcoba, ni en el cuarto tocador. Ocurriósele entonces que podría estar en un aposento espacioso, con vistas al patio, donde la señora de La Cueva tenía algunos libros, estantes, plantas, flores, un costurero incrustado de nácar. Era aquella habitación, para Ana, especie de retiro, al cual cada día agregaba algún mueble a su gusto, algún armario cómodo, algo que no tenía cabida en las demás. Alfonso entraba rarísima vez allí, y advirtió una gran emoción, casi un sacudimiento, cuando al empujar súbitamente la puerta sorprendió a Ana arrodillada ante un reclinatorio, oculta la cabeza en las manos, en actitud de anonadada plegaria; y al incorporarse la señora, vio sus mejillas encendidas como de haber llorado mucho, y su cara descompuesta por el espanto.

Fue Alfonso derecho a su esposa, y tomándola en brazos tiernamente, con risa húmeda de gozo, con esa efusión del hombre que sabe y siente que por él solo ha implorado la mujer a su Dios, la dijo muy quedo, al oído casi:

—Ea, a serenarse, a no lloriquear, a pensar en el almuerzo... Ya se acabaron los sustos. Todo arreglado...

Y como la dama le mirase fijamente, atónita, sin comprender:

—Arreglado... a satisfacción, sin tropelías... sin paseito al terreno... ¿No entiendes? ¡Tontina! Que ya no se bate Fonso... tu Fonso, el Fonso de Nitis la fea...

En vez de abandonarse al abrazo conyugal, Ana se enderezó rígida, y haciéndose un poco atrás, apoyando las palmas en los hombros de La Cueva, preguntó ansiosamente:

—Pero... ¿qué?, ¿cómo? No entiendo... Haz el favor de explicarme bien... ¿Que no hay lance? ¿Es eso?

—Eso es.

—Y... ¿cómo puede no haberlo? —insistió Ana sin reflexionar lo que decía, notando que se alteraba su voz al formular la pregunta.

—Hija... —articuló Alfonso con extrañeza—; porque... porque las cosas... se han presentado bien, y Ramiro...

—Ramiro... ¿qué?

—¡Ha... dado... explicaciones!

—¿Explicaciones? ¿Qué explicaciones? ¿A quién?

—¡Voto a cribas! —exclamó él, ya más alterado que confuso—. ¿A quién había de ser, hija del alma? A mis padrinos, por medio de los suyos.

—Pues aún no lo entiendo —declaró Ana enérgicamente, ya plantada fuera del círculo de los brazos de su esposo.

—Naturalmente que tú no has de entender estas cosas de duelos, hijita; ¡bueno fuera que las entendieses! Por lo mismo, cuando yo te digo que el asunto se arregla, me parece que no hay razón para que te asombres de ese modo. Hasta lo encuentro... ¿sabes tú?, un poquitillo feo: cualquiera pensaría que deseabas verme... ir... al terreno... a que...

Tan pronto como hubo dicho Alfonso, con risa amarga, estas palabras antipáticas y mezquinas, pesole de ellas, y diera gusto solo bueno por no haberlas pronunciado. Vio que, al encendimiento causado por las lágrimas, sustituía repentina palidez, y que Ana, sin desplegar los labios, le hincaba en la conciencia un mirar escrutador, fijo, hondo, elocuente, terrible. Bajo aquel mirar, Alfonso se sintió tan cohibido como aquel a quien desnudan y obligan a descubrir y patentizar la fealdad de su cuerpo, que antes ocultaba la ropa. ¡Horrible caso! ¡Ana le veía la vergonzosa lacra, la parálisis de la voluntad, mutilada y sin alientos para la acción reparadora! Y mientras su mujer, antes sofocada, palidecía, Alfonso, inmóvil, sentíase enrojecer hasta la frente, como si le sumergiesen poco a poco en un baño de

agua hirviendo. Y el silencio se prolongaba, penoso, abrumador, cargado de pensamientos y de revelaciones, sin que Ana rompiera a hablar, sin que Alfonso se atreviera a articular una sílaba.

Por fin, él fue quien quebrantó, torpe y balbuciente, el doloroso mutismo. Según práctica general de los que no pueden defenderse con razones, acudió a las obras, y se acercó a Ana, demostrando cariño y rodeándole el talle para atraerla a sí, mientras murmuraba:

—Vamos, hija... perdona... Me has sacado de mis casillas... ¡Está uno nervioso... y tampoco se puede negar que las señoras mujeres sois bien raras! ¡Te me pasas la noche sin dormir y la mañana afligiéndote; te encuentro hecha una Magdalenita, pidiendo a todos los santos que no le suceda nada a tu niño... y vengo a enterarte de que nada le pasará, y me recibes como a un perro! El diablo que os entienda... ¿Qué, ya no me quieres? Se me figura que te apartas...

—No —respondió ella, que en efecto se apartaba—; hijo, es que estoy así... sobrecogida... Déjame un poco... ¿eh? Necesito reponerme...

—¿Ahora me echas? ¡Eso faltaba!

—¿Echarte? ¡Qué cosas dices! Quédate si quieres...

—¡Si quieres tú... sí que me quedaré!

—A la verdad... me duele la cabeza de un modo espantoso: tengo un jaquecón... No vale nada, ya pasará... pero voy a acostarme y a cerrar las ventanas... Acaso sea falta de sueño.

Y saliendo del cuarto, Ana se dirigió a su dormitorio. Alfonso la seguía; pero la señora iba tan aprisa, que cuando el esposo llegó a la puerta, sintió el ruido del pasador que corrían por dentro. Dudó La Cueva si debía o no respetar la consigna: por último, suspirando, bajó la escalera lentamente, calculando que a la hora del almuerzo se reuniría con su mujer. No obstante, cuando sonó tan apetecida hora, y Alfonso, de pie, ante la coquetona mesita que alegraba un macizo de violetas y rosas tardías, y donde sonreía en el cristal el claro sol del invierno, esperaba a Ana para sentarse y honrar la tortilla francesa y los riñones al Jerez, el criado de comedor se le acercó, y cuchicheó con cierto misterio:

—De parte de la señora, que almuerce el señor, que la señora no puede bajar: está descansando.

Alfonso calló y apenas tocó a los platos que le sirvieron. Era la primera vez, desde su casamiento, que almorzaba solo. Algo duro le apretaba la garganta, y el comedorcito, tan gracioso, tan lleno ya de memorias, tibio aún por los efluvios del amor que poblaban su ambiente, se le figuraba una tumba. Levantose antes del café, y se retiró a su despacho.

Las horas pasaban con lentitud insufrible, sin que ningún ruido animase los ámbitos del hotel. Alfonso, encendiendo cigarro tras cigarro, ya paseaba, ya quería abrir un libro o un periódico; ya se apoyaba de codos en la ventana, ya mudaba de sitio un cacharro, un bronce, una silla. Sus paseos acababan siempre al pie de la escalera interior, de caracol, cuyos peldaños encerados solían crujir bajo el noble peso del cuerpo de Ana, cuando bajaba a sorprender a su marido, a revolverle el despacho, a traerle la alegría y el mimo de su ternura juvenil. La escalera también permaneció muda: ningún rumor salía del piso alto.

A cosa de las tres y media, hízose tétrica para Alfonso la espera y la soledad. Llamó al timbre, y mandó que se le dijese a la señora que ya era hora de paseo, que pronto estaría lista la berlina, que la tarde era magnífica, que no tendría frío, que se abrigase, sin embargo... El criado volvió de allí a poco, entre malicioso y cariacontecido: no se podía pasar el recado, porque era orden expresa de la señora que la dejaran reposar... El marido miró hacia la escalera, y un momento pensó subir, forzar puertas, provocar explicaciones, reconquistar con un golpe de audacia su sagrada monarquía... Mas cuando deliberaba si poner por obra semejante resolución, un hielo paralizó sus piernas; una vergüenza interior le detuvo; no acertaba a analizar sus sentimientos, ni por qué le sujetaban así al piso, y sería necesario que alguien más sagaz, alguien hecho a discernir sentimientos y a encadenar los hechos en demostración de la lógica de las leyes morales, le dijese al oído que la base de la relación entre las dos mitades de la humanidad, entre el varón y la hembra, es tan anómala y tan artificial, en medio de su secular persistencia, que ni él puede perdonarle a ella jamás un instante de flaqueza, ni ella a él un segundo de miedo... Así como estaría Ana ante la

conciencia de Alfonso si se presta a la osadía de Dávalos, estaba Alfonso ante la conciencia de Ana, por tolerar la ficción de esa osadía y no castigarla con pena de muerte: ¡justa compensación de dos puntos de honra, y bien contado rescate con que ha de pagar el varón su ilimitada soberanía!

.....

—El faetón para mí —mandó secamente Alfonso.

Y a eso de las cuatro y cuarto, declinando ya el sol, entró en el Retiro. Muchas cabecitas curiosas, empañando con su aliento el vidrio de las berlinas, se tendían para estudiar si la palidez de La Cueva era sólo causada por el frío. Bastaba para estimular la curiosidad el hecho de que Ana no acompañase a su esposo: precisamente la única distracción a que antes de la fatal tertulia habían concurrido, y siempre juntos, era el paseo. Preocupado, sombrío, absorto en guiar maquinalmente el tronco tarbés, Alfonso no se enteraba de las ojeadas inquisidoras. Ni vio siquiera que al gobernador de Madrid, asomándose a la ventanilla de un clarens, le contempló un buen rato, entre risueño y pensativo.

Un seco galope resonó casi al lado del faetón, y Alfonso, que había puesto las jacas al paso, vio de reojo a Ramiro, caballero en su eterno árabe, algo viejo, procedente de los tiempos de esplendor de los Dávalos, familia arruinada ya. Estremeciose La Cueva, y, como la víspera, cruzó ardiente ojeada con su mortal enemigo. La cara de Dávalos permaneció impasible: los ojos sí destellearon mofa, júbilo y triunfal desdén, en términos que el marido de Ana, hiriendo con la fusta a sus vivas jacas, las sacó a un trote muy largo, desviándose a toda prisa del vengador terrible que, por raro procedimiento, sin lograr ni el más leve e inocente favor de la honestísima señora de La Cueva, había sabido robar a Alfonso el honor y la dignidad ante el público, y la dicha y el amor en la intimidad conyugal.

